

PANORAMA

4.

¿A DONDE IRA MUSSOLINI?

P o r W . W A L T E R C R O T C H

LA situación internacional se encuentra tan cargada de electricidad, que no habrá una sola persona enterada que pueda mirar con optimismo las perspectivas del año en curso.

De entre las brumas que nos envuelven, emergen los siguientes hechos principales: 1º La presencia en Europa de una Alemania rearmada, que desarrolla una política semejante en tendencias y métodos a la de la mayor parte de las otras potencias, política que, según algunos, tiende a conquistar la hegemonía de Europa y que, según otros va conduciendo ya a aquel país a una escasez económica y a un descontento político tales, que sus mismos dirigentes consideran la guerra como la única solución posible. 2º La presencia en el lejano Oriente de un Japón inquieto y ambicioso, cuyos designios constituyen materia de grave preocupación en Londres, Washington y Moscú. 3º La existencia en España de una guerra a muerte que nadie puede prever si tomará o no de pronto mayores proporciones; y, finalmente—y en gran parte como consecuencia de estos mismos hechos—estrechamiento de los lazos de solidaridad entre las dos grandes potencias de Occidente: Inglaterra y Francia, con la ayuda moral, y no solamente moral, de la Rusia soviética y de los Estados Unidos. Estos son los principales hechos, pero existen, además, una multitud de problemas desconcertantes: la actitud de Polonia, la de los países bálticos del Danubio y balcánicos y, por sobre todo ello, la actitud de Italia.

La política de Italia, es, indudablemente, el mayor misterio de la actual situación de Europa. ¿Cuál es su situación verdadera? ¿Es realmente

Italia, como lo creen algunos, un colaborador, si no precisamente un aliado de Alemania? ¿Italia ha roto por fin resuelta y definitivamente la amistad que por largos años la unió con las potencias occidentales? ¿Hasta qué punto debe atribuirse al desarrollo colonial de Italia, su política actual? ¿Hasta dónde pueden llegar sus aspiraciones coloniales? ¿Cuál de los dos grandes problemas—el del Mediterráneo y el del Danubio—constituyen para Italia una más grave cuestión? ¿Podrá Italia perseguir ambos objetivos paralelamente? Y si es así, ¿cuál va a ser su política? ¿Se halla Italia actualmente por la guerra o por la paz?

La política exterior de cualquier país depende de cierto número de consideraciones, cuya importancia relativa puede variar, pero que en ningún caso pueden ser ignoradas o desatendidas por los dirigentes del propio país, cualquiera que sea la tendencia política de los mismos.

Urgencias de la población

La Italia actual va marchando en ritmo ascendente o, por lo menos, este país así lo cree. No se contentará pues con hacer meramente un papel pasivo o subordinado y no querrá ser relegada a un segundo término. Tal es su situación, desde un punto de vista político. Pero ¿qué dirección van imprimiéndole los hechos geográficos, económicos e históricos?

Dos hechos son evidentes. El primero y más importante consiste en que, relativamente, cuenta Italia con escasos recursos naturales y con una población prolífica. Y el segundo, en que tiene pocas fronteras terrestres y está casi por todas par-

tes rodeada por el mar, por *un* mar: el Mediterráneo.

La primera de estas circunstancias vitales la impulsa a buscar su expansión. A esta razón, más que a cualquiera otra, hay que atribuir esa fase política agresiva e imperialista por la que está pasando y que ostenta el nombre de fascismo. Mientras la América del Norte y del Sur, y Francia también, aunque en menor grado, pudieron y quisieron absorber el exceso de población de Italia, no hubo para este país urgencia de expansión. Pero hoy que en todo el mundo los países han puesto límite a la inmigración, Italia, sin otra solución posible, o logra expandirse o tiene que estallar.

Su expansión sólo puede efectuarse en dos direcciones: la cuenca del Danubio, incluidos en este término los Balkanes, o hacia el mar.

Mussolini es un político demasiado perspicaz para no tener en cuenta al propio tiempo las dos soluciones, y—como luego veremos—la ambición de Italia hacia el Sureste es indudable, pero la segunda posibilidad—su expansión por el mar—es en la que ha concentrado su principal y más intensa atención. De aquí la aventura de Abisinia.

Un Cavour y aun un Crispi, hubiesen encontrado menos teatral, y por consiguiente menos peligroso, "absorber" a Abisinia. Pero la teatralidad es el estilo de Mussolini. Y en el caso presente Mussolini se vió impulsado a creer en la bondad de este método por las seguridades que le dió un hombre que, para mal de Francia y de Europa entera, dirigió por entonces la política exterior de Francia: Pierre Laval. Laval no solamente concedió a Mussolini la carta blanca que él pedía, sino que le hizo creer que el apoyo de Francia acabaría por conquistarle el de Inglaterra y el de la Liga de las Naciones. No hay para qué recordar cuáles fueron para Laval las trágicas consecuencias de tal desatino, pues Mussolini no sólo hubo de encontrarse con la abierta hostilidad de la Liga de las Naciones, sino que, por primera vez en la historia, Italia se halló en abierta oposición con la Gran Bretaña.

Bajo el poder británico

Si el Mediterráneo es para Italia el mar que baña sus costas, para Inglaterra es el único de su Imperio. Londres no va a aceptar la idea de que el Mediterráneo es un mar de Italia. Y Mussolini, por su parte, no va a aceptar, *de facto*, el control británico sobre las dos únicas salidas de este lago italiano: el estrecho de Gibraltar y el canal de Suez.

Por varias razones, Inglaterra no quiso decidir esta cuestión acudiendo a su fuerza naval. Pero por una sola, Mussolini apagó también su espíritu combativo: el hecho de que, a pesar de todos sus alardes, no se sintió bastante fuerte para combatir en el exterior. Optó, pues, por hacer lo más fácil, ya que sus armamentos modernos y sus gases venenosos le podían dar y le dieron, una rápida victoria sobre los abisinios. Sin embargo, precisamente la importancia de esta aparente victoria y en particular el hecho de que el Negus abandonara su reinado, se tornaron en circunstancias

contrarias a Mussolini. El Duce esperaba un desenlace diferente. Esperaba que Haile Selassie se inclinara respetuosamente ante el conquistador y aceptaría la corona que le ciñera el propio Víctor Manuel, a cambio de un tributo anual y del establecimiento de una residencia general. En efecto, así habríanse resuelto multitud de problemas. El país abisinio habría permanecido en paz, sin necesidad de la presencia de 250,000 soldados italianos, de lo más granado del ejército, los cuales, según ha ocurrido, hay que renovarlos cada seis meses por razón del clima y por los ataques de los guerrilleros. Los italianos, además, habrían tenido manos libres para la explotación de los recursos naturales del país y para fijar destacamentos coloniales en todas las regiones en que el clima lo hubiese permitido. Y, por último, esta consideración, que por cierto no es la menor: el Gobierno abisinio, ya sometido a vasallaje, habría podido fácilmente hacer concesiones a Inglaterra en la región del lago Tana, concesiones que Mussolini, sin mengua de su prestigio, no puede efectuar directamente.

Mussolini se encontró, pues, en un predicamento: en pugna con Inglaterra, en pugna con Francia, especialmente después del advenimiento al poder del Frente Popular. Vino a quedar, así, casi enteramente aislado y con solo el apoyo de los tres pequeños Estados que, a medias, le siguen sujetos: Albania, Austria y Hungría, sin saber cómo ni hasta cuándo podrá mantenerlos a su lado.

Hacia Berlín y Madrid

Mussolini ha tomado la línea de menor resistencia. Existía en Europa otro país enfermo de aislamiento: Alemania. Mussolini se dedicó a explotar las posibilidades de llegar a un entendimiento con Berlín. Había en el Mediterráneo Occidental una región que parecía madura ya para la anarquía; intentaría Mussolini hacerse de una base en ese país y, por lo tanto, someter la mitad occidental del "Lago italiano" al dominio de Italia.

Los acontecimientos se precipitaron por sí mismos. En julio 11 quedaron sentadas las bases para un acuerdo italo-germano mediante la firma del tratado austro-germano. Y en julio 18 estalló en España el levantamiento militar que venía a ayudar a los propósitos de Stalin.

Pero, una vez más, los planes previstos no dieron el resultado que Mussolini esperaba. El pueblo español dejó de responder al movimiento rebelde de los militares. Por el contrario, opuso resistencia y rechazó el movimiento insurgente. Se hizo necesario intervenir en una forma más o menos discreta, enviar aeroplanos y aviadore, armas y municiones, tanques y técnicos y—aventura por demás peligrosa—compartir estos esfuerzos con Alemania, sin tener previamente ningún arreglo con Berlín sobre a quién debería corresponder la piel del oso, una vez que éste fuese desollado. El establecimiento de estaciones en las islas Baleares, la concesión de minerales en España y Marruecos y la obtención de bases en el África española del noroeste, todas estas cosas despierr-

tan la ambición de Hitler, no menos que la de Mussolini.

Y así ha venido a presentarse la primera grieta en el laúd italo-germano, una grieta que no ha sido remendada todavía, por más que se hable y escriba poquísimos sobre el particular. Se han producido después otras: el rápido y anormal desarrollo de la influencia alemana en Viena; las conversaciones militares secretas entre los Estados Mayores de Alemania y Austria; la actividad de Mackensen, Ministro alemán en Hungría; los constantes viajes de Schacht y Goering a las capitales del Danubio y de los Balkanes; el singular desarrollo de las relaciones económicas de Alemania con las potencias del sureste—todo ello calculado como para producir inquietud en el Palacio Chigi—, donde Austria toca siempre un nervio sensible y donde se considera a los Balkanes como posibles aliados de Italia, pero no se tolera que lo sean de Alemania y Austria.

Ha habido otros dos motivos de inquietud, además: uno interno, el otro externo. Por lo que respecta al primero, ni un régimen fascista puede prescindir, a la larga, del respaldo de la opinión pública; y es el caso que, por primera vez, desde que Mussolini puso el fascio por encima de la corona de la Casa de Saboya, la opinión pública italiana se ha tornado adversa a la política del Duce. El factor externo consiste en el peligro de una guerra provocada por los caprichos de la política alemana.

Italia no está lista

Para Mussolini la guerra es inaceptable, toda vez que 250,000 de sus mejores soldados se hallan ocupados en Abisinia, en donde tienen que ser sostenidos por frecuentes reclutamientos, y cuya eficacia sólo es posible mantener mediante periódicos cambios con las unidades del Ejército del país. La guerra, además, sería en la actualidad completamente inútil. Una boa no entra en la selva en busca de nueva presa mientras se halla reventando con la víctima aún no digerida. Con razón o sin ella, Mussolini estima que en Abisinia ha obtenido el premio mayor, ya que es aquel país una región de fabulosas posibilidades, capaz de convertirse en una colonia de maravilla, si se aplica a ello una labor dura y eficaz. Pero se requiere tiempo para realizar esto y, sobre todo, se necesita paz.

Como decía recientemente un sagaz diplomático italiano: "Si Mussolini trae a Hitler del brazo es porque trata de impedirle que vaya a echarse encima".

La opinión pública en contra

Mas todas estas, aun en el caso de ser ciertas, son argucias políticas que el público no puede apreciar fácilmente. Lo cierto es que quien esto escribe—extranjero—, al regresar a Italia, después de una ausencia de casi dos años, se ha quedado asombrado del cambio que manifiesta la opinión pública. El fascismo ha perdido su brillantez, y el mismo Mussolini ha perdido gran parte de aquel extraño poder que ejercía sobre la mente y la

sensibilidad de los hombres. Así, para reunir un público de 100,000 personas que recientemente le aclamó en la plaza de la catedral de Milán, hubo que correr trenes especiales de diversas regiones del país, algunos desde más allá de Calabria; y nótese que Milán es una ciudad de un millón de habitantes. Por donde quiera que uno vaya no verá más que hombres y mujeres que se duelen entre sí y censuran.

Este descontento popular tiene varias causas. Muchos de los que habían caído bajo el hechizo de Mussolini han entrado en desacuerdo con él por su empeño en colocar en primer término, y señalar como posible sucesor, al frívolo y vanidoso conde Ciano, su yerno. Otra razón de descontento es el constante llamado a las clases alta y media para que suscriban los efímeros empréstitos, cada uno de los cuales roe las fortunas de los desventurados ciudadanos en un cinco o un diez por ciento, pérdidas que se resienten tanto más cuanto que nadie ignora que las finanzas nacionales marchan cada día de mal en peor. No se pueden pedir grandes entusiasmos a un minero, cuyo jornal no pasa de veinticinco centavos de dólar por día o a un chofer que gana menos de 12.75 de dólar por mes. Y esto para no hablar de los desocupados que solamente reciben durante tres meses una limosna de 16 centavos diarios. Ahora, si consideramos el otro extremo de la escala social, nos hallaremos con esta confesión de un industrial de Turín, que emplea dos mil obreros y que, recientemente, afirmaba al autor de este artículo:

"Con el tiempo que he estado pagando a gentes a quienes no puedo emplear—y a quienes tampoco puedo despedir porque el Estado me lo prohíbe, y después de haber cubierto mis deudas y contribuciones y suscrito todos los préstamos voluntarios, vengo a percibir apenas una utilidad, aproximadamente, igual a la de cualquiera de mis propios obreros".

"Si las cosas siguen como van clausuraré la fábrica y me marcharé a cualquiera otra como un simple obrero. Ganaré lo mismo y con muchas menos molestias".

También el público manifiesta un violento disgusto por la aparente dirección que ha tomado la política exterior de Mussolini. Hubo un breve instante en los días de la guerra de Abisinia en que, bajo la excitación de las banderas que flameaban y de los acordes de las bandas militares, grandes multitudes vibraron de hostilidad antibritánica. Pero esa fiebre ha pasado y la clara lógica del espíritu latino ha tornado a abrirse paso en las mentes. El pueblo ha reflexionado y ha acabado por decirse que Italia no puede vivir a la larga en pugna con Inglaterra; sus costas están demasiado desabrigadas para resistir un ataque naval; sus intereses reales no chocan ni mucho menos con los de Inglaterra, y fácilmente se concibe un Mediterráneo que puede servir tanto los intereses de Italia como los de Inglaterra. Si Abisinia efectivamente llega a valer la pena, sólo podrá ser conservada y explotada mediante la ayuda de Londres. Si, por el contrario, llega a ser una desilu-

sión y una trampa, el excedente de población de Italia sólo podrá encontrar cualquiera otra salida con la cooperación y la buena voluntad de Inglaterra y de su aliada, Francia.

El hombre de la calle, en Italia, ve con inquietud la aventura de España y teme que, aun cuando llegue a tener éxito, cualquier intento de conseguir ventajas en las islas Baleares, por ejemplo, puede poner en peligro permanente las buenas relaciones con Inglaterra. En cuanto a Alemania, el tipo medio italiano nunca ha sentido grandes simpatías por este país; teme en cambio la agresividad germana, y llega a temer también que esta amistad italo-germana tenga como natural desenlace una guerra en que el pueblo italiano no sienta el menor deseo de verse envuelto.

Los viajes del Conde Ciano

Cuando el Conde Ciano emprendió sus viajes a Berlín, Viena y Budapest, Mussolini, que se halla siempre muy al tanto de la opinión pública de Italia, se enteró también perfectamente del resultado de tales viajes. La misión de Ciano en Berlín, tuvo por objeto más bien explorar que entrar en negociaciones. Fue a conseguir el mayor número de ventajas posibles y a conceder lo menos que se pudiese. El resultado de la visita a Berlín fue demasiado mezquino: Alemania reconoció el imperio italo-abisinio; Italia prometió vagamente dar su apoyo a las solicitudes coloniales de Alemania y, de una manera aun más vaga, estuvo de acuerdo en que el último uniforme de Hitler—de Caballero del Resplandeciente Ejército de la Defensa de la Civilización contra el Bolchevismo—, era efectivamente precioso y le sentaba muy bien. Pero el asunto se complicó una semana después, cuando Italia supo que Berlín estaba para firmar el pacto germano-japonés con los rojos: Mussolini, entonces, marchó con pies de plomo. Era, sí, vistoso el uniforme de Hitler, pero Mussolini no tenía ya ninguna prisa por vestirlo.

La estancia del Conde Ciano en Viena fue, en muchos aspectos, mayormente fructífera que su visita a Berlín. Se comprendió que los arreglos austro-germanos del 11 de julio habían dado por resultado un alarmante aumento de la influencia alemana sobre Viena, a costa de la influencia italiana. Por consiguiente, los esfuerzos de Mussolini se encaminaron en Viena a reconquistar el terreno perdido. En cierto modo, las gestiones tuvieron éxito. Ciano salió feliz de Viena, en tanto que Herr Von Papen se marchó malhumorado a comunicar el resultado al Führer, que le recibió con duro entrecejo.

El caso de Hungría fue tratado en seguida. En la época del Primer Ministro Goemboes, los barcos de Hungría habían navegado libremente en aguas alemanas. Pero Goemboes muere en el momento crítico y Mussolini aprovechó su hora de esplendor para decir al mundo, en Milán, que Hungría había sido vergonzosamente postergada

en los Tratados de Paz. Entre el regocijo general, el flamear de las banderas y los repiques a vuelo de las campanas, Hungría manifestó su amor por el Duce.

Pero el discurso de Milán no puede contar entre las piezas maestras del Duce. Su protección a Hungría causó un efecto deplorable en Bucarest, donde se ponían grandes esperanzas en Italia, y en Belgrado aquel discurso hizo bajar de manera muy sensible el entusiasmo que Stoyadinovich, y el Príncipe Regente Paul habían manifestado hacia las anticipaciones de Italia. En la Conferencia Tripartita de Viena, Ciano llevó la misión desagradable de comunicar a Hungría que, aun cuando efectivamente su causa era justa, el tiempo de obrar no había llegado todavía. Se habría necesitado un diplomático más hábil que el pobre Conde Ciano para hacer tragar esta píldora a los húngaros; y cuando el yerno del Duce y presunto heredero llegó a Budapest, los gallardetes de la bienvenida hubieron de flotar en un viento glacial. Para disimular la verdadera situación, en Roma se dió al Regente Horthy una recepción suntuosísima, como sólo se concede a los soberanos, y Mussolini no solamente procuró ejercer todo su hechizo personal, sino que tomó empeño en que el olvidado rey participase en la recepción para derramar de esta manera un bálsamo sobre las heridas recién abiertas a Hungría.

La lucha por Budapest no se ha ganado ni perdido todavía; sigue en pie. Pero lo más grave del caso es que se trata de una lucha entre Italia y Alemania. Lucha en Viena. Lucha en Budapest. Rivalidad en España. Rivalidad en los Balcanes.

Alianza efímera

Considerada fríamente la situación, la posición de Italia en el concierto internacional es menos misteriosa y amenazadora que como puede parecer a través de la prensa diaria de París y de Londres. Y se comprende muy bien por qué razón un amigo de Mussolini, que volvió a verlo tras una ausencia de varios meses, lo encontró deprimido y nervioso, y con la idea dominante de llegar cuanto antes a un arreglo con Inglaterra, sobre la cuestión del Mediterráneo.

Su idea respecto a este arreglo puede diferir de la de Inglaterra. Pero se llegará posiblemente a este arreglo, si una de las partes lo desea en realidad.

Si consideramos todos estos hechos cuidadosamente a la luz de la lógica, es imposible no llegar a la conclusión de que el bloque italo-germano de que tanto se ha hablado recientemente, no es por cierto una construcción de granito; y que, con una mezcla de cortesía, firmeza y bondad, es muy posible hacer volver a Mussolini al sendero de la paz, de la tranquilidad y de la seguridad colectiva: el sendero de la paz, que por largos años Italia se resignó a seguir en compañía de Inglaterra y Francia.

(*"Current History". Febrero, 1937. New York*).